

tás, publicamos hoy la primera parte, y sucesivamente, ó alternando con las demás producciones que tenemos ofrecidas, se darán á la luz de la imprenta las otras partes restantes.

Madrid, Enero de 1877.

PRIMERA ÉPOCA.

LOS CELTAS.

I.

Era la estacion triste y sombría en que se cubre la tierra de amarillenta alfombra formada por las hojas secas que se desprenden de los árboles, quedando estos despojados de sus vestiduras, á semejanza del hombre cuando se dispone y prepara á un prolongado y tranquilo sueño. Porque el otoño es, á no dudar, el crepúsculo vespertino de la noche-invierno que representa el sueño de la naturaleza: son las horas en que duermen los perfumes, y la vegetacion reposa durante ese tiempo-noche para adquirir nuevas y vigorosas fuerzas al despertar bella y engalanada en el amanecer de la primavera.

Tambien era la más triste hora del dia, esto es, el crepúsculo de la tarde: el sol, rojizo y ensangrentado, habia desaparecido ya del horizonte, y una espesa bruma,

producida por las evaporaciones de grandes lagunas y pantanos que se extendían al Occidente, apagaba más y más la tenue claridad del anochecer; la luna comenzaba á elevarse, rojiza también y ensangrentada, deslizándose su pálido resplandor por entre las nieblas de otros cenagales y marismas situados hácia el Oriente.

El país que se procura describir era, en la época de que se habla, una inmensa continuación de bosques y espesuras, interrumpida, aquí y allá por extensas vegas y llanuras; algunos de éstos últimos terrenos se hallaban groseramente labrados por el azadón, y la mayor parte de ellos, al recibir las aguas pluviales que descendían de los montes y colinas, formaban consiguientemente esas inmensas lagunas y pantanos de que va hecha referencia, como lógico resultado de inculta naturaleza. Árboles de copas espesísimas y gigantes coronaban todas las alturas y ejercían constantemente la conocida atracción de los nublados, que se resolvían en copiosa y abundante lluvia, cuyas corrientes se estancaban en las tierras bajas formándose así aquellos cenagales y marismas que por medio de las brumas devolvían sin cesar al cielo el caudal de sus aguas. Por esa razón veíase muy frecuentemente en este país, durante el invierno, un vapor ó nie-

bla que velaba todos los objetos con una densa capa de humedad, teniendo sus habitantes que caminar, á veces, atravesando interminables lodazales, sin que pudiese luchar el sol contra esa aglomeración de fangosidades alimentadas constantemente con las destilaciones de los montes; y sólo en los lugares cultivados y expuestos á la directa y eficaz influencia del astro-rey era donde se encontraban terrenos libertados de la humedad.

En esos parajes era donde el hombre fabricaba su habitación ó guarida.

Las casas eran de figura circular con multitud de entradas y salidas en opuestas direcciones, practicadas á intento para facilitar estratégicamente la defensa ó la retirada de ellas cuando llegaban á convertirse en teatro ú objeto de un combate. Sus constructores y dueños las formaban clavando en la tierra una compacta fila de maderos cuyos intersticios tabicaban con una mezcla de arcilla groseramente amasada con hierbas y ramas secas; servíanse del vástago para la techumbre de algunas, y más comunmente del junco; y cerraban, ó mejor dicho, tapaban las aberturas y puertas con pieles de venados sin más fortaleza de resguardo; puesto que lo que únicamente procuraban era estar á cubierto de los rigores del frío, sin cuidarse de es-

tablecer defensa contra los ladrones; porque en estos pueblos, á pesar de su salvajismo, el respeto á la moral pública era la salvaguardia del hogar y de la familia y la mayor garantía de las vidas y de las haciendas, castigándose el hurto y los latrocinios con severísimas y terribles penas.

En el centro de cada poblacion se elevaba un edificio de la misma clase, aunque más espacioso y más curiosamente construido que los demas. Allí, como en todas partes, entónces y siempre, el magnate ha querido ostentar con la grandiosidad y la opulencia de su morada el lujo de su poder y de su riqueza.

De un edificio semejante, ya cerrada la noche, salió un hombre de elevada estatura.

La vestimenta de aquel hombre consistía en una sencilla túnica; pero aunque tan modesto traje no llevase adorno alguno, aunque no ajustase su cuerpo un cinturón con placas de oro ni se engalanase con un precioso collar, bien se dejaba ver en su majestuoso continente que era uno de los más principales de la ciudad. No usaba, en efecto, la barba crecida como los guerreros de rango secundario, ni la llevaba completamente rasurada como los individuos de condicion humilde ó inferior; sino que se notaba en su fisonomía la proyeccion de un

poblado bigote que era el signo con que se distinguían los nobles celtas, y cuyo uso estaba permitido solamente al valor extraordinario ó á la suprema autoridad.

Porque ese país pantanoso bajo un cielo húmedo y sombrío era el país de los celtas; esa ciudad era la más importante y considerable del territorio (1) y ese hombre era el personaje más poderoso de la Céltica, el rey Ambigat.

Cuando el monarca celta se encontró fuera de la ciudad, dirigióse por una calzada ó camino construido, sobre un terreno fangoso, con troncos de árboles cuyas junturas estaban rellenas de pedernales á manera de empedrado; avanzó rápidamente por esta vía, en medio del más profundo silencio, y encaminóse resueltamente á un bosque espesísimo que, en forma de anfiteatro, se extendía alrededor de la ciudad, aunque á una gran distancia.

Bien pronto la luna, elevada sobre el horizonte, alumbró los pasos de Ambigat. El silencio de la noche solo era turbado por el zumbido del viento al traves de las ramas de los árboles y por el estridente grito de algun castor que se precipitaba huyendo á las aguas al sentir la aproxima-

(1) Entiéndese por Galia Céltica la parte de las Galias comprendida entre Bélgica, el Rhin, los Alpes, la Aquitania y el Occéano. (N. del T.)

cion del hombre. En esta comarca, llamada hoy el Berry, de cuyo primitivo nombre no se tiene noticia histórica, abundaban entónces los castores; las invasiones de la especie humana han arrojado de la Europa á ese precioso animal, y bien pronto no habitará tampoco en el Canadá ni en ninguno de los parajes del extenso continente americano, donde poco á poco va penetrando la civilizacion con pasos agigantados. Puede adquirirse una aproximada idea de cuál debiera ser en aquellos remotos tiempos el estado físico de las Galias, si se conocen las condiciones de existencia para estos inteligentes mamíferos en las desiertas, pantanosas y frias comarcas del Canadá.

Ambigat habia llegado al lindero del bosque, deteniéndose ántes de penetrar en él, no para descansar á causa de la fatiga del camino, sino para reconcentrar sus ideas y su pensamiento; no era su cuerpo, era su conciencia la que tenía necesidad de fortalecerse en el momento de penetrar por los sombríos senderos de la selva. Y, sin embargo, Ambigat era ya anciano; su bigote y cabellos blancos así lo atestiguaban; pero estas señales, que debieran hacer suponer su debilidad física, no imprimian en su fisonomía sino el sello de una madura experiencia, con la que se armaba contra

los terrores que la noche y la soledad suelen infundir á las almas vulgares. No era, pues, el miedo lo que turbaba el espíritu de Ambigat, cuyo cuerpo conservaba, por lo demas, agilidad y vigor; pero el sentimiento de supersticion que inspiraba á todo celta la proximidad del Sagrado Bosque, dominaba el alma de Ambigat con tanta influencia como pudiera ser dominado el débil espíritu de una mujer ó de un niño.

La madurez de sus años le habia hecho testigo en muchos ocasiones de los prodigios sorprendentes que se habian verificado en aquel bosque; y como rey, conocia el misterioso y terrible poder de los sacerdotes que habitaban en aquel solitario retiro. Tal vez sus dudas ó su falta de fe sobre la realidad ó legitimidad de ese poder extraordinario y sobrenatural contribuyeran ó fueran causa de los supersticiosos sentimientos de Ambigat.

Cuando un hombre cree ciegamente en los misterios de una religión, disminuyen para él los terrores de esa misma religión, por severa y tremenda que ella sea; porque la fe y la tranquilidad de la conciencia son el más fuerte escudo contra aquellos terrores. No se teme ciertamente la ira de los dioses á quienes se adora y se pretende agradar.

Ambigat, por el contrario, habia perdi-

do la fe conservando sus remordimientos. Durante su ya largo reinado habia observado que el interes personal, egoista y mundano, dictaba en muchas ocasiones los fallos y la conducta de los Druidas, y desconfiaba, por tanto, que fuese una verdad la divina mision que ellos se atribuian; pero, por otra parte, no habia sabido explicarse jamas los raros prodijios que obraban los sacerdotes, y les suponía dotados de cierta inspiracion ó talento superior.

El Rey de los Celtas, pues, se dirigia á los Druidas con el propósito y el intento de engañarlos, y con la conciencia intranquila, temiendo que los sacerdotes adivináran los sentimientos de su alma.

Ambigat experimentaba ademas otra idea de terror más material á la vista de los lugares que se proponia atravesar.

La espesura de aquellos corpulentos y seculares árboles, aunque desnudos de sus hojas, producía una lúgubre y pavorosa oscuridad: á través de los gruesos troncos y unidas ramas deslizaba la luna sus pálidos rayos, que parecían poblar el bosque de blancos fantasmas, los unos tendidos sobre la tierra y los otros de pié apoyados en algun árbol ó sentados en sus negras horquillas. Lastimeros y siniestros sonidos escuchábanse por doquiera sin cesar; ora reconocían por causa las vibraciones metá-

licas de las armas de todas clases que pendían de los árboles y que, movidas por el viento, batían unas con otras, ó bien los silbidos de las cuerdas de algun arpa colgada asimismo de un árbol, ó ya, finalmente, de los esqueletos humanos que, suspendidos de largos y flexibles cueros, entrechocaban sus osamentas con ruido seco y espeluznante.

Ese cuadro, que tan pavoroso aspecto presentaba á la vista, era más aterrador aún por los recuerdos que evocaba; porque aquellas armas, aquellos instrumentos y aquellas calaveras eran los símbolos ó fúnebres emblemas que atestiguaban tal ó cual suplicio y daban á conocer la personalidad de las víctimas que en expiacion de algun delito habian sido sacrificadas sobre el tremendo altar de la sangrienta divinidad á quien se rendía culto en aquella selva. Ambigat lo sabía y tenía tambien la conviccion de que la resistencia á las órdenes de los Druidas, ó la duda solamente sobre la legitimidad de su extraordinario poder, era, de todos los crímenes, el más bárbaramente castigado por los sacerdotes y el que habia aglomerado allí la mayor parte de aquellos horribles trofeos.

El Rey celta habia luchado muchas veces oponiendo contra la autoridad del sa-

cerdocio sus prerogativas de monarca, y esto aumentaba tambien los remordimientos de su conciencia y el temor de que sus intenciones pudieran ser descubiertas por la divina inspiracion que los Druidas aparentaban poseer; era, pues, muy lógico y consecuente el sentimiento de terror que preocupaba su espíritu, aunque no le dominase por completo; puesto que, como hombre y como guerrero, era Ambigat el más animoso é invencible de su nacion.

A pesar de esos temores, á pesar de ese terror, y á pesar de tantas incertidumbres y supersticiones, era de tal importancia el interés que guiaba los pasos de Ambigat, que al fin el Rey avanzó rápidamente por medio del bosque.

Luego que hubo atravesado una grande extension de la selva, detúvose otra vez, ántes de penetrar en un recinto de más vasta espesura; el anciano dirigió en derredor de sí ávidas miradas y su fisonomía expresaba las contradicciones de sus pensamientos y el estudio de una arriesgada empresa hácia la cual caminaba, empero, con meditada resolucion.

Después de algunos instantes de reflexion prosiguió de nuevo su marcha por entre aquella cerrazon del bosque, penetrando luego en una especie de plaza ó paraje despoblado donde se elevaban acá

y allá gigantescos monumentos; dos grandes y toscas piedras enclavadas en la tierra, y otra tercera piedra colocada horizontalmente sobre aquéllas, formaban cada uno de esos sencillos pero sangrientos altares que señalaban fatales conmemoraciones; pues en ellos habian sido sacrificadas las víctimas humanas cuyos esqueletos y reliquias pendian de las ramas de los árboles. La sangre que los salpicaba era el único sistema de ley escrita adoptado en respeto á la igualdad ante la ley que severamente observaban aquellos pueblos; la del rico y la del pobre, la del noble y la del vasallo estaban allí mezcladas y confundidas; y la última que se habia derramado, conservándose aún fresca y tiñendo las piedras de un enorme altar, era la de un individuo de la familia real, la de un sobrino de Ambigat. Y para comprender hasta qué extremo llevaban los jueces Druidas su inflexibilidad, debe tenerse en cuenta que, según las costumbres de los celtas, el hijo de un hermano gozaba iguales, si no mayores, preferencias que el hijo propio (1).

Al aproximarse á este monumento procuró Ambigat evitar su vista, pero sin de-

(1) *Sorum filius idem apud avunculum qui apud patrem honor. Quidam sanctiorem actiorem que nunc nequam cunctis arbitrantur.*

tenerse, sin que ninguno de sus movimientos denunciase que habia experimentado la menor emocion; sabia muy bien que el más insignificante indicio de pesar ó de indignacion sería descubierto por los sanguinarios señores de la selva, quienes formularian por ende una tremenda acusacion. ¡Cuántos secretos habia creído Ambigat ignorados y, sin embargo, el misterioso saber de los Druidas se los habia descubierto como si los hubieran leído en su conciencia!

Ambigat continuó, pues, aceleradamente su marcha, viéndose de repente obligado á dar un gran rodeo para salvar una fangosa y hedionda laguna junto á la cual pasó con indiferentismo. Dicha laguna era, no obstante, un lugar y un instrumento para determinados suplicios; en ella expiaban sus crimines los traidores y las adúlteras, despues de sufrir horribles tormentos y crueles mutilaciones; mientras que los reos de los demas delitos eran *piadosamente* sacrificados en los altares. Así distinguian el crimen de la infamia, y de este modo procuraban que el castigo del primer ejemplo á la vista del pueblo, sepultando la infamia en las profundidades del fango para que no dejase rastro de haber existido entre ellos.

Despues de trasponer esos dos lugares tan siniestros, se presentó de nuevo ante la vista de Ambigat la espesura del bosque, aún más denso y poblado; titubeó por última vez delante de un agreste sendero, decidiéndose al fin á dar la señal debida para advertir á los moradores de estos retiros que un profano solicitaba penetrar en ellos. Un sonido lento y prolongado, semejante al de una trompa ó caracol, resonó en toda la selva, y casi al mismo tiempo una voz lúgubre y misteriosa invadió el espacio pronunciando estas palabras:

— ¿Qué pretendes, rey Ambigat?

— Conferenciar con Atax, el poderoso y venerable pontífice de los Druidas.

— Sígueme, respondió la voz.

Y de repente apareció delante de Ambigat una figura fantástica, un cuerpo luminoso de blancos ropajes que comenzó á caminar en silencio; el Rey celta siguió sus pasos sin poder adivinar de donde habia salido ni quien le impulsaba en su andar.

Entre tanto, percibiase como á lo léjos un ruido tremendo y formidable que se asemejaba unas veces al retumbar de pesados martillazos sobre enormes yunques, y otras al grito agudo de lastimero gemido; saltaban á cada instante verdosos resplandores á manera de fuegos fatuos, que parecian ojos penetrantes y encendidos que vijila-

ban los pasos del rey Ambigat desde la copa de los árboles y desde el fondo de las breñas.

Por último, despues de aquel largo sendero llegó el Rey celta á un recinto circular y espacioso formado de corpulentas y seculares encinas, cuyas ramas entrelazadas constituian una techumbre abovedada; en el centro de este templo salvaje se elevaba una grosera y colossal estatua del gran Teutates, dios sangriento de los Celtas. Entónces, como siempre, el hombre, sin darse cuenta de ello, habia representado de aquel modo el símbolo de sus ideas morales; la escultura era bárbara y salvaje, no por falta de arte, sino por ausencia de sentimiento.

Los artistas de nuestra época padecen un grave y lamentable error; creen que el exacto conocimiento de la naturaleza es la primera condicion del arte. Se equivocan: el primer elemento del arte es la fe.

Los siglos señalados con grandes adelantos en el arte no han sido tampoco aquellos en que estaban más ó ménos perfeccionados los instrumentos para el trabajo y la ejecucion material, sino aquellos otros que eran llevados, conducidos, por una vehemente y poderosa fe y dominados por el sentimiento; de ahí proceden esos tipos tan diferentes, aunque de extraordinaria

belleza, con que se han representado los dioses de la Grecia y las imágenes del Cristianismo; tipos que hubieran sido igualmente bellos aunque el arte moderno no fuese el estudio del arte antiguo, por más que dichas obras sean la expresion de dos religiones tan diametralmente opuestas y contrarias.

Sí; el arte es, á despecho del hombre, la significacion de una creencia que representa su época; y así como en nuestros dias no produce sino obras de ingenio más ó ménos hábiles, porque ese es el gran pensamiento de nuestro siglo, así en los remotos é incultos siglos de luchas salvajes y de sacrificios humanos, el arte habia hecho de la estatua de Teutates un monstruo colossal é informe, no porque desconociese, tal vez las reglas, sino porque respondia ciertamente de ese modo á las ideas de la época sobre la Divinidad.

¿Carecen, acaso, los chinos de civilizacion relativa? ¿Con la perfeccion de la mecánica y de los instrumentos no poseen todos los recursos materiales para crear un arte cuya expresion no sea burlesca? ¿Qué les falta pues? Lo que les falta únicamente es la creencia fundamental de una elevada relijion; la historia grotesca de sus dioses y divinidades, la sutileza de su mo-

ral religiosa ha sido el origen de sus innumerables y deformes monotes.

Por otra parte, sería conveniente saber á qué civilización puede atribuirse el arte gótico; no podrá ciertamente decirse que las artes importadas por los bárbaros de los bosques de la Panonia y de las riberas del Danubio obedecían á otra cosa más que á la magnífica expresión de la idea cristiana; no podrá decirse tampoco que servirán de modelo á estos bárbaros los monumentos romanos que encontraban y destruían á su paso por las comarcas que conquistaban; no habrá nadie que se atreva á decir que Notre-Dame es una imitación del Pantheon, ó la Catedral de Sevilla un estudio del Templo de Diana. El arte que con la antigua fe heroica se había alojado en Roma, centro de la más avanzada civilización, nació inspirado estéticamente en la Germania y en la Hungría con una nueva fe entre las luchas de la barbarie.

No puede, por tanto, dudarse que la estatua de Teutates, tal como la describen los historiadores antiguos, era más bien la expresión de las creencias morales y religiosas de su época, que no un testimonio de ignorancia y atraso; porque en aquellos tiempos, los Celtas, mejor aún que los mismos Romanos, sabían someter ductilmente

el hierro á los más variables caprichos de la imaginación, y trabajaban con perfección la madera para representar ó imitar hábilmente los objetos de la naturaleza; pero no empleaban ese arte ni ese ingenio cuando elevaban una estatua á su dios, porque este era un dios de sangre, de muerte y de batallas, que exigía víctimas humanas y que devoraba con el incendio las ciudades y los campos.

Ambigat se detuvo ante la colosal estatua de su Dios y vió á poco una especie de fantasma vestido de blanco que se encaminaba hácia él y que parecía surgir y ocultarse alternativamente, según que los rayos de la luna, deslizándose por entre las ramas de los árboles ó interceptados por ellas, le alumbraban ó sumían en la oscuridad. Cuando ya estuvo cerca del Rey celta pudo éste reconocer á Atax, el Pontífice de los druidas, que le interpelló en estos términos:

—¿Qué sucede, oh Rey? ¿Qué gran desgracia ó qué suceso extraordinario te conduce á estos sitios? No es aún la época en que deben tener lugar las fiestas y sacrificios en honor del divino Teutates, ni tampoco es hora para que abandonen el lecho los hombres que gozan tranquilidad en su conciencia, ¿Qué ocurre, pues?

—No es precisamente una desgracia ni

un suceso extraordinario lo que aquí me conduce, respondió Ambigat; sin embargo, has podido, como yo ¡oh sabio Atax! observar que algo extraño ocurre en nuestro pueblo, y aunque ninguna manifestacion nos ofrezcan los hechos, es lo cierto que amagan nuestras cabezas grandes males.

—Dí qué desdichas sean las que presentes, y para evitarlas yo consultaré el vuelo de las aves y las entrañas de las víctimas.

—Atax, replicó el Rey, el vuelo de las aves es una prediccion infalible, y la voz de Dios habla en las contracciones de las entrañas de sus víctimas; yo consultaré contigo esos altos misterios cuando te haya revelado mis sospechas y tú hayas reconocido que no son vanos mis temores.

—Habla, pues, ya te escucho.

—¿Aquí? preguntó Ambigat.

—¿Por ventura no pueden ser oídos por el gran Teutates los secretos que vas á revelarme?

—No es la presencia de nuestro Dios la que yo procuro evitar, dijo el Rey; él conoce los temores que se anidan en mi alma mejor que si mis labios los hubiesen expresado; pero lo que tengo que confiarte no deben escucharlo más oídos humanos que los tuyos.

—Aquí los hombres ensordecen como las piedras cuando yo lo ordeno, replicó

Atax, y hasta los árboles prestan atencion como animadas criaturas cuando yo lo creo necesario; no obstante, si la turbacion que te produce el respeto de estos lugares deliene tus palabras, vén á mi hogar; allí estaremos solos.

Y el gran druida marchó delante de Ambigat, cuya tendencia á la duda encontraba una justificacion en las últimas palabras de Atax.

—Si he de dar crédito á sus palabras, reflexionaba el anciano rey, todos los objetos ensordecen aquí cuando él lo ordena; pero, sin embargo, elije un lugar retirado y secreto donde escucharme, cediendo al mismo temor que me atribuye á mí solamente; Atax es el mismo siempre, y si no logro persuadirle de que en esta ocasion nuestros intereses están ligados, no por eso abandonaré la ejecucion del proyecto que medito.

El sacerdote y el rey llegaron bien pronto á la morada de Atax, situada en la vertiente de una colina y formada por la naturaleza en la grieta de una enorme peña; una mecha de cáñamo bañada de grasa (1) ardía y humeaba en un rincon de la estancia, que estaba toda tapizada con pieles de

(1) Este es sin duda el primitivo origen de nuestras bujías. Los latinos tomaron la palabra céltica *cantol*, convirtiéndola en *candela*, que es asimismo la nuestra.

zorros y castores. Ambos tomaron asiento, el uno frente al otro, en toscos y cortados troncos de árboles igualmente cubiertos con pieles; sólo las moradas de Ambigat y Atax eran las que poseían semejantes comodidades, porque tanto lujo no estaba permitido sino exclusivamente á los dos personajes más poderosos de la nación celta.

El Rey fué el primero que al entablarse el diálogo habló de esta manera:

— Tu sabes, Atax, los medios de que me he servido y los combates á que he llevado mis armas, para reunir bajo mi mando el territorio y los pueblos que forman nuestra nación; tú sabes también que mi celo y prudencia han sido parte para que todos depongan sus odios, rivalidades y rencores, atrayéndolos á la unión; y tú, finalmente, no ignoras que con la guerra he conquistado la paz que disfrutamos.

— Así es, en efecto, dijo Atax; yo he visto muchas veces hermoseedos los altares de nuestro templo con la sangre de tus prisioneros, y en verdad que van trascurridas muchas lunas durante las cuales no ofrecemos en ellos más sacrificios que el de algun miserable criminal ó el de un oscuro extranjero que la casualidad arroja extraviado á nuestros bosques.

— Hay que reconocer, no obstante, que

si así sucede es sin duda alguna porque el gran Teutates lo ha querido, respondió Ambigat con acento hipócrita y humilde, pero lo que seguramente no puede querer Teutates es que la numerosa población que en este país ha crecido y se ha multiplicado con el disfrute de la paz, se vea escitada por la ociosidad para volver irreligiosamente contra él sus inconsideradas palabras, y contra mí las armas que ha fabricado en su prolongado reposo, sin tener ocasión de hacer uso de ellas. Bien sabes, como yo, que cuando nuestros guerreros vuelven á sus hogares despues de haber dedicado una ó dos horas á la caza, pasan el resto del día tendidos sobre la tierra y quejándose de su inacción. Tal es el carácter de nuestro pueblo; vive en el descanso y detesta la ociosidad.

El Druida escuchó este razonamiento del Rey observando atentamente su fisonomía; de antemano había meditado él mismo sobre el peligro que le señalaban las palabras de Ambigat; pero no convenia á su prudencia manifestarlo desde luégo, ni á su orgullo sacerdotal asentir de un modo absoluto.

— Las palabras sacrilegas é inconsideradas de los hombres, dijo, son tan impotentes contra Teutates como la furia de los vientos contra los montes eternos que él habita.

Sonrióse Ambigat y replicóle sutilmente.

—Es indudable; pero si los huracanes no quebrantan la montaña, pueden arrollar alguna vez los edificios que los hombres levantan sobre ella.

El Sacerdote druida, que no podía desconocer la irresistible fuerza de aquella argumentacion, guardó silencio por algunos instantes, y describiendo luégo en sus ideas una rápida elipse por encima de su propio peligro, para no confesarlo ni discutirlo, preguntó al Rey:

—¿Has descubierto, Ambigat, alguna conspiracion contra tu poder?

—No me refiero á ninguna clase de maquinaciones tramadas en el misterio, replicó Ambigat, sino al sordo rumor de malestar y descontento que se escucha por todas partes; no es que se atraviere en nuestro camino la espada de un oculto enemigo, sino que observo los síntomas de una tempestad cuyo desencadenamiento amenaza envolvernos.

—Tienes razon, Rey, son muy escasas las ofrendas, dijo el Druida.

—¿Qué pretendes que ofrezcan á un Dios inútil? observó Ambigat en voz baja; puesto que Teutates no lleva ya sus pueblos á la victoria, no tienen necesidad éstos de comprar su proteccion.

—La negligencia es grande, en efecto,

añadió el sacerdote; pero si existe por ello responsabilidad, seguramente pesa sobre el Rey que ha transformado en un pueblo de campesinos y labradores al pueblo escogido por el cielo para manejar la espada. Por otra parte, tambien aumentan los crímenes, y el latrocinio se comete con harta frecuencia.

—Acaso pudiera formularse por eso un tremendo cargo contra los sacerdotes; que en vez de castigarlo no aciertan jamas á descubrir á los culpables si éstos distraen sus pesquisas ó aplacan su justicia con alguna hermosa res ó fecunda yegua, que resulta extraviada en el sagrado bosque.

—¡Te atreves, oh Rey, á lanzar contra mí semejante acusacion!

—No seguramente contra tí, se apresuró á contestar Ambigat; pero sí ante tí para que vijiles á los que están bajo tu dependencia, los cuales burlan alguna vez tu celo y actividad.

No satisfizo mucho al sacerdote esta explicacion, pero Atax aparentó aceptar, por su parte, la excusa que se le ofrecia, con la protesta de no llevar intencion de acusarle directamente.

—Yo vijilaré sobre este punto, respondió; pero ¿sabes tú si entre los guerreros se fomentan acusaciones de esa índole? preguntó el Druida con interes.

—Nadie las ha formulado aún, contéstole hipócritamente Ambigat, pero el abandono y la escasez de sacrificios sagrados pudiera infundir sospechas.... En cuanto á los cargos que se me imputan á mí, no sucede ciertamente lo mismo; los pensamientos son ménos discretos, y las palabras llegan á mis oídos por autorizados intermediarios. Mis dos sobrinos, Sigoveso y Belloveso, se duelen ante mí y se quejan en voz alta de la inercia en que tengo sus mocedades; hán por deudos y amigos un séquito numeroso de los más valientes y poderosos de la nación, á quienes incitan, no solo con sus arengas sino con las trovas de sus bardos, que repiten constantemente á sus oídos las proezas y hazañas de sus antepasados.

— ¡A ese incendio debemos arrojar leña!

—No, Atax, á ese torrente debemos abrirle cauce para expulsarlo fuera de nuestros dominios. Escucha: hácia el Este y el Sud de nuestras tierras existen fértiles comarcas ocultas y separadas de nosotros por las cumbres elevadas de unas montañas que se llaman los Alpes.

—¿Cómo has podido averiguar eso? preguntóle severamente Atax. ¿Por qué te permites traspasar con tu mirada los límites de la tierra que te ha sido confiada?

Ambigat no se preocupó con la egoista

acritud del sacerdote, y objetóle lleno de impaciencia:

—¿No lo has oído contar á tus druidas llegados hace dos años del pié de esas montañas, cuya existencia les fué descubierta por esos extranjeros que vinieron á fundar una colonia á orillas del Bebro?

—¿Y bien? dijo Atax.

—¡Y bien! replicó el Rey. Digo que me parece denigrante para nosotros el que unos hombres de tez morena, que hablan un idioma tan suave y delicado como sus débiles miembros, hayan tenido la osadía de constituirse en el territorio de los formidables Celtas, y que nosotros, más fuertes, más valientes y más numerosos, no hayamos invadido el país de esos extranjeros tomándoles sus tierras y levantando en ellas nuestras moradas.

Atax quedó pensativo durante algunos momentos, y despues preguntó al Rey:

—¿Deseas ser tú quien conduzca nuestros guerreros á esas conquistas?

—No, respondió Ambigat, la edad ha helado mi sangre y aniquilado el vigor de mi cuerpo. Ya no son los tiempos en que mi agilidad en la carrera causaba envidia al ciervo, ni aquellos otros en que, fiando en mi ligereza y en la robustez de mis músculos saltaba firme y decidido sobre una almáciga de puntiagudas espadas sem-

bradas en la tierra por sus empuñaduras (1). Tampoco puedo ya, como en otros días, impedir el paso en un estrecho sendero á los dos más fuertes guerreros de mi nación, sin que sus sendos esfuerzos lograsen quebrantar la inexpugnable barrera de mis brazos; bien recordarás que éstos eran los juegos de mi juventud. Pero, añadió, mis dos jóvenes sobrinos, hijos de mi hermana, pueden mandar la expedición: Sigoveso, tan rico en máquinas de guerra y en carros (2), y Belloveso, inventor del escudo thyrsé (3).

—¿Y arrastrarán consigo esa masa turbulenta que te amenaza, no es cierto? preguntó Atax.

—Sí, dijo Ambigat, el país quedará purgado de esos espíritus inquietos y pensadores, que buscan la razón de todas las cosas y que demandan algunas veces el por qué de darse á unos el trabajo y á otros los bienes y las recompensas.

—¿Y qué has resuelto?

—Nada sin consultarte; pero creo que

(1) Una de las pruebas de valor y fortaleza á que debían someterse los jóvenes celtas, para ser admitidos como guerreros.

(2) Aquí la etimología filológica se remonta también á los Celtas, porque *carro* viene de la palabra céltica *carrí*. César, en sus *Comentarios*, dice *carrus*.

(3) Enorme escudo que á la vez servía de defensa para cubrir el cuerpo del guerrero y también para vadear los ríos.

sería prudente enviar á todas las provincias hábiles emisarios para advertir á sus habitantes que en la Asamblea general de la Nación, que ha de celebrarse al llegar la primavera, se ha de acordar una guerra formidable, y que los que en ella quierán tomar parte deben acudir preparados.

—¿Y en qué fundamentos has de apoyar, Ambigat, la necesidad de esa guerra?

—He venido á verte, Atax, para que consultes si será agradable al gran Teutates.

—La guerra es siempre agradable al dios de las batallas.

—¿Teutates la aprobará pues?

—Dentro de dos días podré contestarte.

—Dentro de dos días volveré á verte.

—Es inútil; tu ausencia puede llamar la atención del pueblo, porque tú sabes que lo mismo de noche que de día tienes el sagrado deber de responder á los que se presenten á tu puerta. Basta que una vez hayas abandonado secretamente tu hogar; si Teutates aprueba tus proyectos y si considera justa la guerra, llegará su voz hasta tí dentro de dos días.

Después de este diálogo el Druida y el Rey se separaron, y Ambigat emprendió el camino hácia su real morada,